

Morón: *Cacareando y sin plumas*. Esto, Piedrahita, lo que significa es: *Venir por lana y salir trasquilado*.

—¡Sí, trasquilado! Repara en el celemín de monedas que tiene delante—contestó Piedrahita con tono burlesco.

A poco, sintiéronse ligeros pasos por los corredores. Un hombre, seguido de ocho alguaciles, entró en la sala. Poniendo un rico bastón sobre la mesa de juego, dijo con voz fuerte e imperiosa:

—¡Por el Rey!

Era el asistente de Sevilla, el cual, avisado por fieles espías, iba con sus alguaciles a sorprender aquella casa de juego para capturar a todos los que encontrara en ella.

El hombre desconocido levantóse con mucha magestad. Arrojando sobre la mesa un pequeño cetro de oro guarnecido de piedras preciosas, gritó:

—¡Yo el Rey D. Felipe II!

A este inesperado augusto nombre, el asistente y los alguaciles, arrodillándose, exclamaron:

—¡Señor!

Los jugadores, singularmente Justo el Gordo, temblando de miedo, lloraron a mares. Allí, en aquel odioso garito era todo espanto y confusión.

—Asistente—le dijo Felipe II—te has adelantado. Yo iba a castigar a esos inícuos. Ahora cumple con tu deber.

El celoso asistente mandó a los alguaciles que fueran amarrando dos a dos a todos los jugadores.

—Asistente—volvió a decir el Rey—toma este dinero (era el que había ganado); hoy mismo hazlo repartir entre pobres vergonzantes de Sevilla. Yo quitaré,—continuó—yo arrancaré de raíz en la hermosa y noble monarquía que me ha confiado la Divina Providencia esta mala raza de hombres que envician la juventud, perverten las costumbres, llevan la desnudez y el hambre a las familias, y son, en fin, la afrenta del género humano. ¡Infames! ¡Tienen para jugar, mientras sus mujeres y sus hijos carecen de ropa y de alimentos!

¿Qué les parece a nuestros gobernantes y a los jugadores de cómo las gastaba Felipe II?

Sin duda dirán: ¡Reyes y tiempos de tiranía y oscurantismo!

ALEF.



ESPIGAS AJENAS

FRAGMENTOS LUMINOSOS SOBRE LA PAZ SOCIAL

Lo son a la verdad los siguientes entresacados de la última encíclica del Papa sobre la cristiana reconciliación de los pueblos después de la guerra.

Así habla el actual Pontífice reinante: «Somos los primeros en alegrarnos y regocijarnos vehementemente viendo como por fin comienza a resplandecer sobre los pueblos la paz, este bellissimo don divino del que dice San Agustín que «aun en las cosas terrenas y mortales nada suele oírse más grato, nada anhelarse más apetecible, nada encontrarse mejor».... Pero muchas y acerbísimas contrariedades perturban este júbilo de nuestro corazón paternal, pues si bien en todas partes se logró de algún modo apaciguar la lucha y firmar ciertas cláusulas de paz, quedan, sin embargo, los gérmenes de las antiguas enemistades... y no hay paz duradera, ni son posibles convenios estables de concordia, por largas y laboriosas consultas que costasen y por santos que fueran los propósitos con que se firmaran sino se da de mano a los odios y enemistades mediante una *reconciliación de mútua caridad*.

....Aquella misma caridad de Jesucristo, que desde el difícil comienzo de nuestro pontificado nos impulsó a trabajar por el retorno de la paz o para mitigar los horrores de la guerra, hoy, que alguna paz al cabo se columbra, nos urge para que exhortemos a todos los hijos de la Iglesia y a los hombres todos a deponer los antiguos rencores y a practicar la concordia y el amor mútuo.

Ni hay para que detenernos en señalar los daños gravísimos que a la sociedad se acarrearán, si, concertada la paz, perseveran *secretamente* las enemistades y los odios entre las naciones. Esto sin contar los males que sobrevienen a cuanto sirve para fomentar y promover el progreso de la vida civil como las mercancías, las manufacturas, las artes, las letras, que sólo en el comercio mútuo y en la tranquilidad de los pueblos prosperan. Y lo que es peor la profunda herida que recibiría la vida cristiana, cuya fuerza toda estriba en la caridad, ya que la misma predicación de la cristiana ley es apellidada el *Evangelio de la paz*.

....Nada inculcó con más frecuencia ni más vehementemente Nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos que el precepto de la mútua caridad, como que es el trasunto de todos los preceptos, y el mismo Jesucristo le llamaba *nuevo y suyo*,